

Mikén (?)

El Merino (?)

■ Se anunció una revolución musical que estaba destinada a recorrer el país de punta a cabo. Sin embargo, el proyecto "Todo Chile, un escenario" parecía tener certificado de defunción antes de su partida. ¿Qué ocurrió con los planes de la Universidad de Chile y la Orquesta Sinfónica? Buena pregunta, difícil respuesta.

Todo parecía impecable. El pasado 6 de enero se dio la paréda, con bombos y platillos, al proyecto «Todo Chile, un escenario». Una Orquesta Sinfónica recién ampliada a 105 músicos celebraba, en el Templo Volcvo de Maipú, no sólo sus 59 años de existencia, también recibía a Juan Pablo Izquierdo como director titular y llevaba a la periferia de Santiago el buen augurio de una iniciativa en la que se trabajaba desde hacía un año y medio.

Lo que pocos saben, sin embargo, es que ese proyecto, que tendría su inicio oficial dos meses después, en febrero de 2000, había fracasado sus principales premisas. A saber: la de disponer de una sala de conciertos que no fuera el ex Teatro Baquedano, la de conquistar de este modo nuevos públicos, la de reducir con esto los precios de las entradas y la de contar con una Corporación Cultural Autónoma dentro de la universidad, que manejara los deportes privados.

Esa última, una idea que buscaba garantizar a los empresarios que los dineros no se entranparan en la burocracia de la institución.

El concierto en la iglesia de Maipú y los que siguieron los diez días siguientes de enero en otros sitios —incluida la presentación masiva en la Quinta Vergara—, no fueron sino los últimos esfuerzos para salvar la idea original.

Todo esto en un extraño clima de optimismo. Por todos lados aparecían declaraciones que festejaban el proyecto y se anticipaba una revolución difusora musical. La Universidad de Chile sentaba así los nuevos desafíos de su Centro de Extensión Artística y Cultural, CEAC, entidad responsable de la tarea, a la que se dio el nombre técnico de «Proyecto CEAC 2000».

Pero ya ese mes de enero, no obstante, los principales gestores del proyecto sentían que el plan original se había transformado en una idea distinta y decidían apartarse de la iniciativa. «La uni-

versidad optó por una propuesta más conservadora, más en concordancia con su tradición y el proyecto terminó por desdibujarse. Era, de hecho, otro proyecto», afirma Luis Osvaldo de Castro, quien hasta entonces ofició como asesor del CEAC y cuya función era llevar la gestión de todos los aspectos no artísticos.

A su partida, se sumó también la de Hugo

SINFONÍA, CONCERTANTE O RÉQUIEM

TRIMONIO

Zumino, entonces prorector, al tiempo que el decano de la Facultad de Artes de la Universidad, el musicólogo Luis Merino, era nombrado director ejecutivo del proyecto.

Éste, en su primera entrevista luego de ser nombrado en el cargo y concedida en febrero, aseguraba que el CEAC contaba con el pleno respaldo del rector Luis Riveros y que de hecho la universidad se había comprometido a entregar 500 millones de pesos en calidad de préstamo para que el Centro pusiera en marcha la primera etapa del proyecto. Fondos, se dijo, que se sumarían a los \$ 2.200 millones, presupuestados originalmente para el año.

En la oportunidad, Merino precisó que los 500 millones debían ser devueltos en un plazo de tres años, una vez que se obtuvieran las primeras entradas de la iniciativa.

Merino habló también sobre el fracaso de llevar la temporada a una sala que no fuera el ex Teatro Baquedano. Indicó, en este sentido, que el problema de fondo era de una relación con el público. «No podemos hablar de «el público», sino de «los públicos». Para este año, fijamos como labor prioritaria reafirmar nuestros vínculos con

el público tradicional de la Orquesta, que es el que concurre al Teatro de la Universidad».

Precisamente éste es uno de los puntos que, según Luis Osvaldo de Castro, era esencialmente necesario modificar para que el proyecto pudiera financiarse. «Siempre se habló», indica, «de que la principal fuente de financiamiento debían ser las entradas, pero ello sólo iba a ser posible si se cambiaba el lugar y se dirigían los conciertos a un público no conocedor de la música. El Teatro Baquedano históricamente ha tenido un porcentaje bajo de asistencia y era predecible que, si el proyecto se realizaba allí esta situación se repetiría».

Merino, por su parte, en la misma entrevista de febrero, adelantaba que la temporada iría de todos modos, tal cual había sido anunciada. «Hemos confirmado», dijo entonces, «y todos los contratos con los diferentes directores y so-

listas que van a participar».

¿Boicot?

¿Por qué esa estúpida «Tercera» de Mahler que brindaban en marzo Juan Pablo Izquierdo y